

MARCELO A. MORENO

CONTRA LOS ARGENTINOS
Y OTROS ENSAYOS

EDITORIAL SUDAMERICANA
BUENOS AIRES

Índice

Agradecimientos	11
Introducción	13

SER O NO SER NACIONAL

Contra los argentinos	17
El espejo que huye	31
Los mejores del mundo	37
El buen decir femenino	45
Una primacía posterior	49
Un último aplauso para la dictadura	51
Una económica victoria militar	56
El milagro argentino	60
Dichos argentinos (¿dichosa Argentina?)	70

ARGENTINOS HASTA LA MUERTE

Tres mitos argentinos	85
Última carga en Tacuarí	96
Vidas paralelas: Dorrego y Lavalle	103
Dos estupideces memorables	122
La negación de San Martín	126
Rosas y la imprenta	135
La síntesis trágica de Lugones	139
Encuentros con Borges	147

EL HECHO MALDITO DEL PAÍS BURGUÉS

Por qué me hice peronista.....	155
Retrato del líder carismático.....	158
Peronismo, clase obrera e identidad.....	173
Ezeiza y Stendhal	176
Los Bettanín.....	178
Por qué me hice antiperonista	182
Contra la razón violenta	187
El legado cultural del menemismo.....	189

COSAS DEL CORAZÓN

Contra la pareja	195
El velo desgarrado	201
El buen gusto de los intelectuales.....	203
¿Enseñar?	205
Nuestros días feroces	215

ESTAMPITAS DE HISTORIA-FICCIÓN

El encuentro	221
Ricardo Corazón de León, mito romántico	224
La madre de la tragedia.....	230
Los caballos de Duncan	234
Mozart sin sinfonías	238
Acerca del valor romano.....	242

Introducción

Estos ensayos tienen, creo, una especie de orientación. Bucean —y sin privarse de numerosas desviaciones— en la experiencia singular, paradójica y seguramente contradictoria de haber sido argentino a conciencia en los últimos, digamos, cuarenta años. La experiencia, entonces, se relaciona con la historia. Y, por cierto, con el lenguaje, que es el instrumento para rumiarla, contarla, pensarla. Ser argentino no infiere una desgracia automática ni constituye una felicidad específica. Significa, entre otras cosas, haber nacido en el extremo del mundo —con el mundo tan presente— y haber padecido una historia tan rara como cruel. La idea es dar testimonio —hasta a través de lo personal— de esa fatalidad.

Haber sido criado a bife con papas fritas, haber sufrido el autoritarismo y la corrupción durante décadas, ser devoto de Gardel y de Troilo, hinchar estigmáticamente por cierto club de fútbol, creer que la madre es lo más grande que hay —que hay mujeres así de grandes—, guardar algún fanatismo político, cultivar un casi pudoroso machismo, mirar siempre a Europa en busca de un modelo y también para diferenciarse, ser más o menos adicto al mate y a la guitarra, suponer que uno puede reflexionar alegremente sobre el mundo y sus circunstancias, reconocerse familiar y amiguero y, sobre todo, sentirse como de otro lado, como arrojado aquí, es parte de lo que designa ser argentino.

Sencillamente, vivir en el culo del mundo y saberlo.

Para tratar de comprender algo de este destinado misterio se escribieron, en medio de otras pasiones, las páginas que siguen y que quieren no aburrir.

Contra los argentinos

Maradona fue el mejor jugador del mundo y, en la Argentina, uno de los mejores.

Los argentinos sonríen cuando en una tormenta hay relámpagos; suponen que Dios les está tomando fotos.

Era tan argentino, pero tan argentino, que sólo subía a la Torre Eiffel para contemplar cómo era París sin él.

Se cree un vivo. Un vivo “bárbaro”, como dice. Desde chico se piensa como el mejor del mundo, y está dispuesto a demostrarlo. Sólo que para llegar a esa evidencia necesitará imperiosamente perjudicar a los demás.

“Yo me corto solo”, “Yo hago la mía”, “Yo me salvo y zafo” son expresiones cotidianas de este personaje, prototipo del argentino medio: el porteño canchero, ganador, de fácil y frágil palabra, que “se las sabe todas”.

Desde luego, no hay un ser nacional ni entelequia parecida. Pero sí existe un trabajado arquetipo de argentino: su modelo es el porteño, aunque se ha extendido y a este caracterizado y característico personaje se lo puede encontrar en las más insospechadas provincias. Y como es un modelo ya impuesto, un “universal” de argentino, quien no responde al arquetipo o sufre por no alcanzarlo o lo padece en silencio.

Plástico, agradable, en su esquema de valores la viveza —una mezcla de astucia y ubicuidad, más un increíble poder de adaptación— suple a la sensibilidad, la inteligencia, el saber, la destreza, el esfuerzo, virtudes despreciadas en la geografía de sus estimas. Se trata, en suma, de un verdadero predador: lo único que espera es el momento y las circunstancias adecuados para aprovecharse de los otros. Los demás son, para él, “los giles”, sus

víctimas. Quien estudia, trabaja o ama en serio de inmediato es catalogado como un gil. Ni hablar del que es honesto: es un "gil a cuadros". Un "vivo" es lo contrario: rápido, rapaz, se aprovecha. La diferencia está en la trampa, en el engaño, en la indecencia: ése es el mérito. Si se estudia, se trabaja, se mantiene una relación amorosa, pero siendo desleal y mentiroso, se saca carnet de vivo.

Por eso, si en una reunión de argentinos alguno cuenta que durante años ha estafado a la empresa en la que trabaja y que jamás ha sido sospechado por ello, no tardará en cosechar una admiración unánime. Sus interlocutores no lo considerarán un ladrón sino un acabado cultor de la viveza criolla. Tampoco ningún descrédito sufriría si hubiera evadido impuestos y se jactara de ello. Por el contrario, en ese caso alcanzaría la estatura de un modelo. Otro tanto ocurriría si refiriera que se enriqueció con la práctica de recibir coimas durante su paso por la administración pública. Tanto prestigia este tipo de fraudes, que cualquier argentino arquetípico hasta exageraría ante sus amigos el monto de los desfalcos para ganar su aprobación.

Y en exagerar el argentino medio no se mide. Lleva la mentira tan incorporada, que miente aunque no lo considere necesario, aunque no le convenga, casi como un acto reflejo, a un punto que ni siquiera toma como tales sus mentiras periódicas. De ahí que el colofón más habitual de una conversación entre argentinos sea: "¿seguro?". Ese "seguro" va desde lo más banal a lo más grave. Es que el interlocutor —mucho más si se trata de un experimentado argentino— sabe que lo pactado —se trate de una llamada telefónica, una cita, el envío de un documento—, cualquier tipo de promesa permanece en duda justamente porque el otro se ha comprometido. Y tan inevitable es la desconfianza, que necesita, imperioso, la confirmación "¡Seguro, viejo, seguro!" para sospechar que quizá cumpla lo pactado. Ambos saben que el argentino habla, promete y se compromete, pero deja para más tarde —o para nunca— la interrogación sobre si cumplirá o no lo asegurado. La decisión sobre el acuerdo se realiza después de haberlo verbalizado. Por lo cual, resulta más que recomendable insistir: "¿Seguro que nos vemos a las 11?", única forma de obtener una aproximación a una certeza. Se trata de un recurso habitual, para obligar al otro a preguntarse en el momento si como siempre está mintiendo o si, por rara excepción, tiene al menos la intención de cumplir con su palabra. Esta militancia casi incesante en la mentira produce conversaciones que van de lo insólito a lo ridículo. Un ejemplo. Dos argentinos típicos se encuentran por casualidad